

El lugar como categoría de análisis del espacio público

Complejidad, (in)materialidad, resignificación y planificación del espacio público

The Place as an analysis category of public space. Complexity (in) materiality, significance and planning of public space

Claudia Tomadoni*

Carlos Romero Grezzi**

Fecha de recepción: 17 de diciembre de 2013

Aceptación: 9 de julio de 2014

Recibido versión final: 11 de julio de 2014

Resumen

La complejidad es una propiedad inherente a los espacios urbanos. Dentro de ellos, los espacios públicos muestran en la actualidad una complejidad creciente y variable, acorde a las diversas formas de percibir, concebir, producir y consumir estos espacios. Los espacios públicos se conforman de multiplicidad de lugares, estos son síntesis de formas contenidas y revelan la compleja trama de relaciones que subyacen al espacio urbano. El concepto de lugar ofrece alternativas para la observación, análisis y actuación sobre el ambiente urbano y especialmente del espacio público, en tanto en él se materializan intercambios sociales, culturales, políticos y económicos. En un intento por descubrir la relación dialéctica naturaleza-sociedad en el espacio público, recurrimos al concepto de lugar como categoría analítica para interpretar la materialidad e inmaterialidad en los procesos de producción y consumo del espacio público urbano y, para captar la importancia de su complejidad en miras a la formulación de políticas públicas y al rol que luego estas juegan en dichos procesos.

Palabras clave

Espacio urbano, dimensiones, apropiación, intercambio, planificación.

Abstract

Complexity is a property inherent to urban space. Public spaces – as components of urban space – reveal nowadays an evolving and variable complexity; which is directly

* Dr. Geog. Dr. Phil. (Investigadora Visitante CEUR_CONICET / Red de Científicos Argentinos en Alemania Programa Raíces, Argentina). Correo electrónico: claudia.tomadoni@gmail.com

** Arq. Doctorando - Bauhaus Universität Weimar, Alemania / Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.

related to the different ways of perceiving, conceiving, producing and consuming such spaces. Public spaces are, basically, made of a multiplicity of places. Places, in turn, are form-content syntheses and reveal the complex fabric of relationships underlying urban space. Thus, once the concept of place informs different observation, analysis and action modes over the urban environment – and specially, over the public space- it offers new alternatives, taking into account that such places are means of materialization of social, cultural, economic and political exchange. In an attempt of disclosing the dialectic relationship nature-society within public space, we make use of the Place concept as an analytical category towards interpreting materiality and immateriality in the processes of production and consumption of public urban space; besides grasping the importance of their complexity in regards to public policies' formulation and to the role played by those in such processes.

Key words

Urban space, dimensions, appropriation, interexchange, planning.

Introducción: complejidad y espacio urbano

Los flujos económicos sobre las redes territoriales, dan lugar a desigualdades en el desarrollo de los ambientes urbanos. Particularmente en las ciudades latinoamericanas, estos procesos se han incrementado por la importancia alcanzada por las ciudades en el sistema económico regional. En la actualidad resulta difícil continuar definiendo las características de desarrollo de un sector urbano en términos de distancia, dependencia o deficiencia relativa, como por ejemplo, la relación entre áreas centrales y periféricas o entre espacios públicos y privados (Arteaga 2009).

Por un lado, las áreas centrales han conservado su importancia en el sistema urbano, aunque no así su hegemonía absoluta sobre el mismo, dado que las nuevas tecnologías de la comunicación y transporte permiten otras formas de distribución de la población, el capital y la información. Hoy, la información es la base del poder, y circula por múltiples puntos del espacio (Santos 2000), lo cual, lejos de contribuir a un desarrollo integrado del sistema urbano, ha dado lugar a una configuración espacial policéntrica compleja.

Por otro lado, la emergencia de espacios mixtos público-privados que por condición son abiertos, pero por acceso, restringidos a ciertos individuos, ha producido transformaciones en las formas de concebir

los espacios públicos. Así en los últimos años, el intento por descubrir el valor de los lugares, ha resultado, sobre todo en países europeos, en un cambio en las actuaciones urbanísticas sobre el espacio público. Se ha procurado avanzar hacia una comprensión del hecho urbano a través de las relaciones entre fragmentos, bajo la convicción que de esta forma es posible constituir un nuevo todo (Arteaga 2005). Se trata de descubrir un modo de operar sobre el espacio, y no de establecer modelos, lo cual implica que en cada ciudad se piensan soluciones propias (Borja 2012). Asimismo, se observa una búsqueda que pretende un despojo de suposiciones universales (Wallerstein 2006), con la intención de lograr soluciones que conecten espacios en un territorio de diversidades. Esto no solo representa un desafío, sino también una oportunidad para pensar y construir la ciudad actual (Solà-Morales 1997).

De allí la complejidad creciente que podemos atribuir a los actuales procesos de desarrollo urbano. Ya no se trata solo de promover planes o estrategias de desarrollo urbano, sino de captar la complejidad del hecho urbano y a partir de él motorizar su producción. En esta motorización, los lugares, como porciones de territorio con identidad, memoria y provistos de dinámica propia, se convierten en categorías de análisis que inducen a formas alternativas

para promover metodologías de planificación urbana integrales e inclusivas.

Los objetivos de este artículo son: mostrar una lectura alternativa e integradora de la noción de complejidad en relación al espacio urbano, argumentar la propuesta del concepto de lugar como categoría analítica, por un lado definiendo sus dimensiones y por otro lado, considerando la (in)materialidad, resignificación y planificación del espacio público, y aplicar la categoría de lugar mediante el uso de microrrelatos.

El artículo es una aproximación teórico conceptual con aplicación a un par de ejemplos a lo largo del desarrollo del texto y con focalización en un caso en el cual a través de un microrrelato, se avanza en la argumentación sobre el concepto de lugar. La metodología de indagación recurre a conceptos e ideas surgidos de discusiones con investigadores latinoamericanos y europeos, en simposios y ateneos sobre espacio público y espacio urbano-regional¹; a observaciones *in situ* secuenciales en la ciudad de San Juan, Argentina; y a observaciones participantes en el caso de los espacios públicos de memoria en Córdoba, Argentina.

Espacios públicos y complejidad

La complejidad, como proceso, es inherente a la configuración del espacio urbano. Dentro de él, los espacios públicos pueden considerarse como una interface para analizar esa complejidad que resulta de múltiples relaciones.

En busca de una lectura alternativa e integradora: complejidad y espacio urbano

Cristopher Alexander (2002), en su libro *The Nature of Order*, describe cómo una relación solidaria entre partes, a las que atribuye un significado más profundo al entenderlas como centros, contribuye a conformar un todo. Se propone explicar cómo a medida que los vínculos solidarios de las partes se tornan más densos,

1. Simposios en Viena (2011 - 2013) y Buenos Aires (2012) en el marco del proyecto de cooperación internacional sobre espacio público entre los Ministerios de Ciencia y Tecnología de La República Argentina y Austria; y Ateneo Weimar (2014) sobre Estudios Urbanos Regionales.

los espacios se tornan más atractivos para la vida humana. Así, realiza una ejemplificación mediante un juego de cooperaciones mutuas entre un banco de plaza, un camino que circula ante él, un árbol, sus flores y el canto de los pájaros.² Alexander propone un análisis de tipo relacional, donde un objeto adquiere valor a través del lazo que lo conecta con otros objetos, y de ese modo establece vínculos y resignificaciones.

Mediante esta visión, podemos aproximarnos a la interpretación del espacio urbano, sus aspectos semánticos, sus flujos, como un conjunto de elementos en relación. Así, resulta factible identificar espacios urbanos de diversa complejidad, desde algunos que se encuentran en relación con muy pocos objetos, que poseen escasos valores que los distingan entre otros espacios, y que apenas concentran actividad en ellos; hasta otros que son tan importantes para la sociedad y sus dinámicas, que se torna inimaginable su ausencia en el todo. Interpretando los espacios a través de su complejidad, encontramos un amplio abanico de posibilidades espaciales, reemplazando conceptualizaciones espaciales habitualmente utilizadas para identificar y/o describir ciertas relaciones como centro-periferia, red-jerarquía, externo-interno, público-privado. En el análisis del espacio y su complejidad es necesario trascender las características físicas a las que tradicionalmente se ha adscrito la disciplina urbanística, y poner en consideración otros aspectos que juegan un papel determinante en las formas de apropiación de la ciudad. Al calor de esta concepción, es indispensable hacer una distinción entre dos aspectos

2. La situación que describe Alexander (2002, 393) se basa en un juego de relaciones, en el cual un banco de plaza se torna más atractivo al pasar un camino frente a él, de igual modo que el camino se nutre de la presencia del banco. Ambos se tornan aun más interesantes con la presencia de un árbol al lado del banco, el cual aporta sombra y frescura, a la vez que adquiere protagonismo visual. Las flores del árbol perfuman e intensifican la belleza de éste y por ende, enriquecen visualmente el espacio, además de atraer la presencia de pájaros, cuya melodía se propaga por todo el lugar. De esta forma, surgen interacciones entre todos los elementos de la escena, los cuales conforman una unidad, un espacio de cierta complejidad, que reúne cualidades para ser soporte de acciones humanas.

de la complejidad urbana: la materialidad y la inmaterialidad de los espacios urbanos como producto de la unión indisoluble entre sociedad y naturaleza. En términos territoriales, tanto la materialidad de las formas como la inmaterialidad del contenido que les otorga vida, se revela en indicadores. Estos poseen la doble función de mostrar la materialidad de los lugares, y de las dinámicas sociales que en ellos se producen (Tomadoni 2013a).

Los ambientes urbanos son percibidos principalmente por su materialidad, lo concreto, lo que se mantiene en un proceso de permanente metamorfosis y adopta siempre una configuración única e irrepetible que se visualiza mediante indicadores de distintos signos. Naturalmente, los ambientes urbanos van alterándose en el transcurso del tiempo, debido a los procesos de apropiación humana. Dos calles de un barrio nuevo, pueden ser inicialmente muy similares entre sí. Sin embargo éstas, en tanto son habitadas por agentes sociales siempre únicos, que accionan de un modo particular, acaban teniendo una identidad propia, una materialidad singular. Esto por ejemplo, puede apreciarse claramente en las transformaciones morfológicas que se dan a lo largo del tiempo en los barrios que cuentan con algo más de cincuenta años de antigüedad, los cuales surgen como barrios exclusivamente residenciales, resueltos mediante la repetición de prototipos de vivienda muy sencillos. A lo largo del tiempo, la complejidad material en éstos se va incrementando mediante la incorporación de diversos usos de suelo, la consolidación de su sistema de infraestructura y la evolución hacia un perfil de calle menos estructurado y variable. Así se puede afirmar que el proceso de complejización del espacio no es un proceso uniforme en el tiempo. Su velocidad depende de factores internos, como la densidad poblacional, el nivel de recursos económicos, la forma de vida del grupo social que lo habita, o externos, como la relación con otros sectores, la inserción en el sistema viario, el estado de la economía provincial o nacional, las leyes de ordenamiento urbano, entre otros.

Por otra parte, la complejidad inmaterial tiene relación con los valores que adquiere un espacio

para la sociedad. Hay objetos o áreas que adquieren una importante significación simbólica, patrimonial o afectiva estrechamente ligada a las identidades individuales y colectivas. A menudo constituyen un punto de referencia en el territorio y suelen ser espacios de interacción social, también aprovechados para organizar allí celebraciones, reuniones, manifestaciones populares, entre otros. Los espacios inmaterialmente complejos, son parte de un «estatuto intelectual, una idea, parcialmente materializada, que se hacen aquellos que lo habitan de su relación con el territorio, con sus semejantes y con los otros» (Augé 1993, 61). Este tipo de complejidad puede estar vinculada a múltiples particularidades en el espacio, como puede ser la configuración espacial o la localización (un caso típico es la plaza, ubicada en el «corazón» del barrio), por vincularse a algún acontecimiento histórico, llevar algún nombre específico, conmemorar a algún personaje de trascendencia, entre muchas otras más. Lo inmaterial también es inherente a algunas cualidades perceptuales de los ambientes, captadas a través de algunos sentidos, como el aroma y el ruido, y acaban por conferir también un carácter único a ciertos espacios.

Ambos aspectos fundamentales que caracterizan a un sistema urbano, son un producto de un modo de «metabolizar» los procesos internos y externos, orientados por diversas fuerzas en puja, que estructuran el territorio de un modo particular. La complejización del espacio público, en tanto involucra a agentes múltiples, debe comprenderse en relación a las lógicas que operan en éste proceso y que organizan tanto materialidades como inmaterialidades. De este modo, la organización se torna en una cualidad fundamental de los sistemas urbanos complejos, ya que facilita un entramado de relaciones más denso y flexible entre sus partes, mejorando la sinergia del conjunto. Un espacio de complejidad ambiental prospera y tiende a ser dominante a partir de la calidad y cantidad de sus relaciones territoriales. La riqueza y diversidad de las conexiones, que en y desde un espacio se establecen, tienden a fijar los procesos progresivamente en relación a las formas

locales, gracias a que la complejidad atrae actividad urbana, y sobre todo, potencia acciones de intercambio y transformación.

Por el contrario, aquellos espacios en los que se ha logrado consolidar el dominio de una fuerza de orientación de las transformaciones en beneficio de su propia reproducción, tiende a conformar una estructura vertical, excluyente de todo aquello que no supone un aporte a las trayectorias establecidas. Jurídicamente, el espacio público se ve en cierta medida resguardado de los dominios absolutos, aunque no así los espacios privados. Un ejemplo muy claro que nos permite entender estas consideraciones, podemos advertirlo en la disposición de los objetos, las características de la ambientación, el direccionamiento de flujos, rigurosamente precisados en espacios de consumo como los *Shopping Centers*. En éstos, la lógica del beneficio se encuentra en estado puro, y permite observar con nitidez una administración de la complejidad orientada a una optimización permanente de la obtención de beneficio económico.

El lugar como categoría analítica

«Antes que Moscú, es Berlín lo que se aprende a conocer a través de Moscú», relataba Walter Benjamin en su diario (Solà-Morales y Costa 2005). Mediante esta afirmación, escrita en 1926, Benjamin deja expuesta una forma particular de entender la realidad a través de opuestos. Queda en su frase resumida la dificultad que se le presentaba al intentar entender el ambiente propio permaneciendo en éste. Librado al ejercicio de la *flânerie* en un país extraño, solo era posible para él la reconstrucción global de una vida metropolitana tan ajena, a través del registro del detalle, buscando lo universal en lo particular. En la actualidad, dado que la diversidad es un rasgo característico de nuestras ciudades, ya no es quizás necesario buscar afuera lo distinto, lo ajeno, ya que convivimos con ello en la ciudad propia.

El espacio público actual se presenta como una totalidad en continuo cambio, «nos hace preguntas», dice Gourou (1973, citado en Santos 2000, 32). Así como hiciera Benjamin, orientar la mirada

sobre lo particular se hace indispensable para interpretar el todo. Así, cobra sentido preguntarnos por el rol y la significancia de espacios con nuevas dimensiones. En términos prácticos, esta idea se convierte en una invitación a identificar las huellas en el quehacer cotidiano, los vestigios que dejan las prácticas sobre el espacio mismo. Esas son precisamente las huellas a las que Bruno Latour (2008) se refiere en su Teoría del Actor-Red, entendiendo que la comprensión del flujo de acciones «ofrece un mecanismo por el que una diminuta parte permite aprehender la inmensidad de un todo» (Latour 2001, 51). De esta manera, nuestra propuesta es considerar el concepto de lugar como una categoría analítica, es decir, como un recurso epistemológico para el conocimiento del espacio público concebido como totalidad.

La palabra lugar, ha encontrado una importante aceptación en las ciencias y en la vida práctica, aunque adoptando una gran variedad de significados. En múltiples disciplinas vinculadas al urbanismo, en especial la arquitectura, éste término creció en popularidad a partir de que Marc Augé (1993) escribiera *Los no-lugares. Espacios del anonimato*. Según el autor, estos espacios pueden ser identificados y comprendidos a partir de sus tres rasgos comunes: lo identificatorio, lo relacional y lo histórico.

Sin embargo, ya en los años 70 había comenzado la discusión teórica sobre el concepto de lugar con la incorporación de la dimensión de lo cotidiano en la disciplina urbanística, con las primeras voces discordantes hacia la geografía positivista, tanto desde el marxismo, como desde el interaccionismo fenomenológico y desde el humanismo (Nogué i Font 1989; Lindón Villoría 2004). Con ciertos intereses comunes, aunque desde abordajes muy distintos, el énfasis se puso en el potencial creativo de las prácticas cotidianas, que oscilan entre la temporalidad cíclica que propone la naturaleza y la linealidad temporal que emerge de la racionalidad humana (Lefebvre 1991a). Pero para lograr una mejor interpretación del encuentro de ambas temporalidades en la cotidianidad de las prácticas, Lefebvre (1991a) definiría años más tarde un espacio social

conformado por espacios percibidos, espacios concebidos y espacios vividos, y que Soja (1997) recreará con su propuesta de la dialéctica de la espacialidad³. En este esquema propuesto para la comprensión de la producción de espacio, aquellos que conciben el espacio (los técnicos, urbanistas, geógrafos) se encuentran en la misma transformación del espacio percibido (el espacio físico, practicado) afectando la vivencia misma del espacio, los símbolos construidos en torno éste, y por tanto, la identidad individual y colectiva de quienes habitan la ciudad.

En ese sentido, refiriéndose a las huellas de Lefebvre sobre la vida cotidiana, Lindón (2004, 42) argumenta que «cuando el actor traspasa un límite físico, que está cargado de sentido por las experiencias ahí vividas, encarna la figura del “des-terrado” por estar fuera de su tierra, en un territorio vacío de sentido para él». Ese límite subjetivo, que encuentra su reflejo en un límite físico, es lo que algunos autores han denominado «lugar», y a quien, o quienes, significan esa territorialidad, se les ha nombrado «topofílicos» por afiliar su existencia al *topos* (Tuan 1977; Yory 2007). Así, la vivencia del espacio puede interpretarse como «una declaración de existencia» (Yory 2007, 54) mediada por las prácticas cotidianas. Es decir, los límites del lugar guardan cierta correspondencia con las características que poseen las prácticas cotidianas en el espacio de uso colectivo. Desde ésta perspectiva, el no-lugar (Augé 2000) se subjetiva, en tanto un aeropuerto puede ser un espacio sin historia para algunos pasajeros, y el lugar donde

3. Comenzar a definir al lugar como categoría mediante la teoría espacial de Lefebvre permite organizar en un esquema de producción a los distintos componentes del espacio urbano, o, como se verá más adelante, del hábitat. Si bien no es la intención de éste artículo discutir sobre los alcances de esta teoría, debe decirse que al aplicarla al contexto actual latinoamericano, debe considerarse que la producción no posee un dominante claro, dado que, en palabras de Pérez (1995), la necesidad es también productora de ciudad. Además, cabría considerar la importancia de la naturaleza en el proceso, en tanto transformadora del espacio, no solo en términos de temporalidad cíclica sino también, principalmente en la actualidad, en términos lineales.

transcurre y cobra sentido la vida de quienes trabajan allí, como lo aclara el mismo Augé (2001)⁴.

Las formas del habitar se manifiestan concretamente en el modo en que se despliegan las prácticas cotidianas, respecto a los objetos y espacios que conforman el hábitat. En la actualidad en la ciudad latinoamericana pueden entenderse estas formas de habitar, como la cultura de un constante resignificar, tanto de aquello que existe como de aquello que es introducido permanentemente desde contextos ajenos al lugar. Esa cultura de habitar podría traducirse en palabras de Michel de Certeau (2000) como un modo de resistirse al avance racionalizador, como una segunda producción del espacio en la que, entre estrategias y tácticas desplegadas en la acción cotidiana, se ejerce una microrresistencia sobre la acción dominante, como lo suele evidenciar la validación social de las prácticas informales en el espacio, o también el uso de grafitis en los extensos muros ciegos de escuelas, fábricas, trenes, entre otros.

Como resultado de estas formas de habitar, aparecen tejidos urbanos caracterizados por cortes y rupturas, producto de transformaciones políticas, sociales y económicas que cambian criterios en las formas de producir espacio. Una forma de suturar estos tejidos urbanos (Borja y Muxí 2003, 9) es mediante lugares. Esta «metodología» de recreación de los tejidos, utilizando los lugares requiere de varias cuestiones, como contemplar las formas-contenidos (pre)existentes, comprender formas de consumo del espacio público, captar los niveles de complejidad de las formas y funciones espaciales como así también, facilitar la producción y transferencia de la información, de forma que al consolidarse un espacio público como una red de lugares en interacción, se pueda contribuir a un desarrollo urbano integral.

4. Se hace referencia al espacio de uso colectivo, dando por sentado el interés por abordar una problemática urbana. Desde perspectivas más vinculadas a la psicología, el no-lugar puede devenir en lugar incluso en espacios de flujo, como un automóvil o una estación espacial.

De este modo, los lugares simultánea y dialécticamente van configurando a través del espaciotiempo⁵, formas contenidas (Tomadoni 2007) urbanas que, por ejemplo, se revelan en el espacio público, y que, como elementos activos y de relación múltiple de la complejidad, tienden a conformar tejidos en sus entornos.

Ahora bien, si bajo esta concepción la realidad puede interpretarse como un tejido compuesto de formas contenidas que se configuran a partir de una compleja combinación de ciclos y linealidades, como expresa Lefebvre, cabe preguntarse ¿Con base en qué criterios debe aprehenderse el lugar urbano, para delimitarlo como una categoría de análisis del espacio público?

Dimensiones analíticas de la categoría de «lugar»

Alcanzada esta instancia, se hace necesario comenzar a precisar las dimensiones teórico-conceptuales sobre las que puede alcanzarse una definición de lugar que, como se dijo, aporte elementos para analizar, pensar y hacer ciudad desde una concepción espacial enraizada en la propia ciudad latinoamericana y de este modo, romper con el colonialismo epistemológico impuesto.

Darle dimensiones al lugar implica al mismo tiempo, aceptar limitaciones y desplegar posibilidades. Por un lado, supone una reducción del término en sus posibilidades conceptuales, pero por otro lado, se incrementan las posibilidades instrumentales. Teniendo en cuenta que un abordaje en profundidad de dichas dimensiones, difícilmente podría efectuarse en un escrito de este tipo, y que, además requeriría un nivel de desarrollo mayor que el alcanzado en la investigación que lo sustenta; se propone abordar cuatro dimensiones básicas para identificar y caracterizar al lugar que pretende ser validado como categoría de análisis.

5. «Espaciotiempo» escrito como una sola palabra es un neologismo que da cuenta de cómo el espacio se vuelve tiempo; es la idea del espacio como tiempo condensado. Condesación que se hace visible a través de las marcas o testimonios que se inscriben en las formas y acorde con las dinámicas que emergen de los contenidos generados por las sociedades en una imbricación que lleva también al neologismo «formacontenido» (Tomadoni 2007, 57).

Declaración de existencia

La declaración de existencia tiene que ver con el tipo de acción que define al lugar como tal. Esto es una tarea que demanda una importante rigurosidad lógica y conceptual, una empresa que no pretende ser efectuada en esta ocasión. Se podría resumidamente caracterizar la misma, partiendo de la propia consideración del lugar como un «voto en favor de...», una donación del sujeto al objeto o a otro sujeto, para validarse a sí mismo y reconocerlo como «el lugar».

Así, se entenderá como una elección espacial y temporalmente definida para (co)interactuar, sin que medie un intercambio sistemático y funcional, en donde el «otro» es un agente de interacción con el que se decide espontáneamente el marco en el cual generar esa interacción⁶ y no un proveedor de bienes y/o servicios. Las prácticas colectivas en las que se genera algún tipo de interacción o intercambio «tienen lugar» también, por ejemplo, en espacios comerciales, como un café o incluso un puesto de comida callejera. El límite deja de ser jurídico en la concepción de espacio público y toma preponderancia el tipo de acción que se desarrolla en estos espacios.

No obstante, existen mediaciones económicas, simbólicas, naturales, culturales y/o sociales que pueden o no, propiciar dicho intercambio y que deben ser consideradas para captar toda la potencialidad de un lugar, en relación a la complejidad del espacio público.

Estabilidad espacio-temporal

Los lugares precisan de estabilidad en el espaciotiempo, dado que se consolida su significación principalmente a través de la repetición de las prácticas en un mismo marco espaciotemporal. La dimensión

6. No es aquí relevante una mayor profundización sobre el carácter de la acción, aunque sí vale la pena aclarar que en la «ética del discurso» (Habermas 1999) se ha encontrado en la idea de simetría la conceptualización más próxima de la condición a la que alude con este tipo de interacción. Pero, a diferencia de ésta no se trata de una simetría en el valor de los argumentos, sino en la condición de interacción. Por ejemplo, es simétrica una interacción entre dos vecinos que frecuentan un café, pero no lo es la interacción entre los vecinos y el mozo o el dueño del local. Esta condición serviría para descartar como un lugar a un consultorio médico, por dar otro ejemplo.

de estabilidad a la que se alude, no se basa solamente en la repetición de las acciones, sino en la repetición del momento de coexistencia, de la experiencia del lugar junto a otros.

Así, hay espacios sobre los que se desarrollan prácticas, por ejemplo, sólo el día domingo, durante el verano, durante el día o la noche. Esta estabilidad temporal viene acompañada por una estabilidad de presencias que «se dan cita» para conformar un lugar. Esto es así, porque hay determinados objetos vinculados a la experiencia del lugar, y también personas, las cuales, según la psicología social pueden ya ser entendidas como un lugar, por su propia corporalidad y su carácter singular (Laborda 2006).⁷

Escala espacial

Al imaginar un lugar delimitado por prácticas cotidianas e identificadas por un tipo de «arte de hacer» (De Certeau 2000), podemos referirnos a una gran diversidad de escalas espaciales: un barrio, una ciudad, una plaza, una esquina, una calle, una vereda. Estas escalas requieren de precisión en su definición para poder descubrir el potencial de las preexistencias socioespaciales y de las acciones de transformación inherentes a toda política urbana. En otras palabras, mediante una escala espacial bien definida, debería equilibrarse lo que en términos espaciales se «concibe» como lugar y, lo que se «vive» cotidianamente como lugar. Bajo la mirada teórica de Lefebvre (1991b), es una propuesta que busca hacer visibles las representaciones del espacio en los espacios representados.

A esta altura, dado el enfoque con que se han trabajado aquí las conceptualizaciones del lugar, quizás no esté demás aclarar el interés por la micro escala del espacio que despierta esta conceptualización. El espacio vivido y percibido cotidianamente como el lugar propio no es el espacio de la ciudad

7. Dice Laborda (2006, 74): «¿Qué soy? Soy un *topos*. Como una parte del mundo, soy un lugar. [...] En cuanto cuerpo ocupo un lugar y aún puedo ser un lugar para otro. [...] Pero, además de ocupar lugar o dar lugar, yo mismo soy el espacio de una identidad donde se entrecruzan los símbolos. [...] La exterioridad física de mi cuerpo es una construcción cultural».

en su totalidad, sino la microespacialidad. La experiencia de un habitante transcurre cotidianamente en ciertos espacios, que se impregnan de significados, recuerdos, y valores a partir de la recursividad de sus prácticas o de los acontecimientos (imprevisibles o no) que definen un hábitat. Lo mismo sucede con la experiencia común del habitar, aquella que queda plasmada en el espacio y en los imaginarios de la comunidad que vive en un determinado hábitat.

En este sentido, las prácticas colectivas, confluyen y densifican la experiencia del habitar junto a otros, o, en palabras de Santos (1993), tornan al espacio «luminoso». Podría decirse que al interior de un espacio público es posible encontrar una escala micro, que parafraseando a Castells (1999), permite identificar espacios de (micro)flujos y espacios de (micro)lugares. A la experiencia de habitar las (micro)espacialidades o los «(micro)lugares», deben atribuírseles las más simples manifestaciones de coexistencia social, como la interacción que se da en una pequeña plaza, el encuentro en un café, o incluso el regular encuentro de jóvenes en alguna esquina. Por tanto, allí se definen los mismos, no como puntos en el espacio, sino como configuraciones espaciales, que se revelan a través de tensiones de apropiación generadas por las formas de habitar de los agentes sociales en sus juegos de apropiación del espacio.

Tensiones de apropiación

Los procesos de apropiación del espacio dejan huellas que pueden y deben ser interpretadas para comprender la complejidad y densidad de un espacio público.

Las tensiones de apropiación revelan el modo en que los grupos sociales conforman un lugar en torno a personas, objetos, espacios y normas. En este proceso, surge la posibilidad de observar cómo dicha conformación se lleva a cabo con base en la incorporación total o parcial de tales componentes. Las asociaciones (siguiendo a Latour) o afiliaciones (siguiendo a Tuan), dan forma al lugar y acorde a la intensidad de dichas asociaciones y/o afiliaciones, se puede percibir de forma concéntrica el grado de apropiación de un lugar. Esto es, porque hay personas, objetos, espacios

y normas que se estructuran en torno a un centro y a medida que uno se aleja de dicho centro, las asociaciones del lugar pierden fuerza, disipándose la misma «sensación de lugar».

Procesos de intercambio en los lugares

Los lugares son siempre una representación de una realidad, de una cultura, hay un símbolo implícito en ellos. Carrión (2007), afirma que un lugar en el espacio público también puede ser reconocido por la simbolización de un rol, adquiriendo una significación particular por la función específica que puede cumplir, es decir, por el o los tipos de intercambio que facilitan. Este autor, define los intercambios que se dan en el espacio público por su objeto de intercambio: bienes, servicios, información y comunicación. Probablemente, teniendo en cuenta la necesidad de conservar y estimular la diversidad en el ámbito público, deba recurrirse a una instancia previa de reconocimiento del tipo de intercambio por su carácter, que puede ser social, cultural, económico y también político.

En un lugar, puede realizarse más de un tipo de intercambio a la vez, siempre que su soporte físico lo permita y que simbólicamente sea aceptado por la sociedad que lo consume. También es posible que los tipos de intercambio estén sujetos a temporalidades, alternándose según cómo ciertas circunstancias puedan favorecer o condicionar ciertos usos. Cuanto mayor riqueza y diversidad de intercambios se produzcan en el espacio público, mayor será la tendencia a que éstos procesos se inscriban en el territorio, dado que la sociedad tiende a construir soportes físicos que les permiten reproducir su cultura. En esta reproducción las formas condicionan el contenido y este, es a su vez condicionante de formas sucesivas (Santos 1996). Por ésta razón, atender a los procesos que se dan, e intentar contribuir a su fijación mediante los lugares, o mejor aún, mediante una red de lugares, permite fortalecer el rasgo identificador, relacional e histórico del espacio.

Aun en el espacio público, podemos encontrar intercambios que, cualquiera sea su tipo, imponen ciertas restricciones de acceso. La forma más común

que adoptan esas restricciones es de tipo económico. Un café o un restaurante al aire libre constituyen un lugar en el espacio público al cumplir con los tres rasgos fundamentales planteados por Augé (1993), y sin embargo, su uso puede estar condicionado al consumo de algún producto. Esto quiere decir que en algunos lugares un intercambio previo de tipo económico, es indispensable para acceder a la posibilidad de efectuar otro intercambio. Estos lugares son también necesarios para asegurar diversidad de usos del espacio, y deben estar contemplados en las normas que rigen su funcionamiento, para evitar ocupaciones invasivas y mantener las relaciones entre flujos y fijos en orden.

Materialidad, resignificación y planificación del espacio público

Saber que se quiere, para proyectar hacia donde se va, y con una amplia participación de agentes que dialogan es una de las ideas rectoras en una planificación de nuevo tipo. En ella, reconocer la materialidad en sus diversas dimensiones y la significación de los objetos y los sujetos que participan en la configuración de un espacio urbano, de un espacio público, es una tarea que abre la interpretación a nuevas dimensiones de análisis y, consecuentemente, a nuevos impactos en la planificación.

(In)materialidad en los procesos de producción y consumo del espacio público

El espacio público se compone de lugares materiales e inmateriales que hacen a la producción, diseño y planificación de los mismos. Esos lugares deben ser tenidos en cuenta porque representan: identidades, símbolos, memorias, otros tiempos y otras personas.

En la planificación urbana es necesario pensar esos lugares e incorporarlos como parte inherente del espacio público. No se los puede ignorar, cambiar y/o tocar sin prever el daño que se puede ocasionar con su no consideración. Los lugares son espacios para vivirlos y cuidarlos porque representan símbolos y memorias que hacen a la identidad del colectivo del cual surgen. El espacio público como suma de lugares materiales

e inmateriales, de lugares preexistentes, de lugares en construcción y de nuevos lugares, es una muestra polifacética del cruce de territorialidades individuales de los agentes en su juego de apropiación de la ciudad a través del tiempo. Así a modo de ejemplo, un árbol, un banco de plaza, una casa, son objetos que definen un lugar y la consideración de su conjunto en torno a una historia, es lo que les atribuye su importancia y existencia como «lugar» dentro de un espacio público.

Quizás un ejemplo permita explicar la importancia de los lugares para pensar formas alternativas de planificación de los espacios públicos. Espacios que adquieren nuevas funciones y formas a partir no solo de un uso innovador, sino también de su valorización como espacios de memoria. La agrupación HIJOS⁸ de Desaparecidos en Córdoba ha comenzado una acción denominada «Los árboles de la vida». A través de ella, en diferentes esquinas en distintas ciudades de la provincia, se plantan árboles en los lugares donde fueron vistos por última vez o secuestrados y/o asesinados padres y/o abuelos que en la década del setenta fueron abatidos por la dictadura militar en Argentina. Estos árboles simbolizan la inmaterialidad de los que ya no están físicamente, pero que ahora cobran materialidad a través de un árbol que les da vida. Nos permitimos afirmar en este sentido, que los árboles son una celebración de la vida. Esta acción de uno de los colectivos sociales de la historia reciente de Argentina, quiere cambiar una historia de muerte por una historia de vida. Es una forma de demostrar que los que no están físicamente, están en la memoria de los que vivimos, percibimos y concebimos ese espacio. En este caso, un espacio público de nuevo signo: un espacio de memoria.

Así, el espacio público como lugar de expresión de la memoria, de lo inmaterial, cobra nueva materialidad pues la historia de gente que fue descuidada por muchos, ahora debe ser cuidada por todos, en tanto

8. HIJOS (acrónimo de Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio) es una organización de derechos humanos de la Argentina fundada en 1994 y con filiales en diversas provincias argentinas.

el espacio público es un bien colectivo. Los muertos no están en el olvido o en un cementerio en tumbas sin flores; los muertos-desaparecidos están en un espacio que «es habitado» cotidianamente por muchos agentes, que en su devenir tendrán presentes una historia que no se quiere ni se puede olvidar.

Resignificación del espacio público. ¿Causa de una tendencia global o consecuencia de acciones descontextualizadas?

Cada vez con mayor velocidad, las transformaciones urbanas presentan nuevas realidades. De esta manera, puede advertirse una resignificación de muchos espacios de la ciudad, espacios que han encontrado nuevas definiciones, otros usos, otros valores. Una cuestión que recientemente ha despertado gran interés en los estudios urbanos (Laurelli y Tomadoni 2014), ha sido la identificación de cuánto pueden atribuirse estos cambios a los movimientos globales, surgidos de la evolución de las técnicas y de la producción de nuevas formas urbanas, en prácticamente todos los territorios del planeta, y cuánto a los factores locales, mediante las acciones propias de cada cultura. En tanto el espacio público es el lugar donde pueden verse resumidos estos procesos, a través de ciertas dinámicas urbanas materiales e inmateriales, las respuestas parecen revelarse con mayor claridad.

Sopesar con precisión qué tanto corresponden estas resignificaciones a tendencias globales, o a cuestiones inherentes al ámbito local, no parece ser posible ni relevante. En prácticamente todas las ciudades, se perciben en mayor o menor medida procesos de cambio que han adoptado rumbos muy similares, lo cual permite suponer, que hay una tendencia global de transformación. Por otro lado, en el ámbito local, son determinantes las formas de legislar, concebir y actuar sobre el espacio urbano, en el rumbo que han adoptado dichos procesos.

Por ello, debe reconocerse que las acciones de orden global o extra local, se encuentran en permanente diálogo con las acciones locales, y en definitiva unas y otras influyen entre sí, permitiéndose actuar, generar sus efectos necesarios y obtener sus propios

beneficios. En un contexto general, donde la convivencia con fuerzas de un orden mayor son constantes y crecientes, resulta entonces imprescindible comenzar a reconocer la influencia de estas fuerzas en el ámbito local, y pensar acciones que permitan que los flujos económicos percolen en el territorio, sin afectar la esencia de la cultura local y sus formas de apropiación.

La crisis del modelo de planificación y actuación pública. Nuevas visiones

Considerando las particularidades de cada región, con su historia, su cultura, y su patrimonio, la globalidad no puede permanecer como un concepto universalmente instalado de igual forma en todos lados. Las tendencias globales son reales, aunque su concreción en el territorio está siempre condicionada por lo específico de cada localidad. De allí, que el concepto de Glocalización (Tomadoni 2013b) cobre más relevancia en el análisis de las actuales formas de gestión pública. Bajo esta concepción, partir de lo local como estrategia de abordaje de la aprehensión de la totalidad, es una opción, sin que por ello implique una omisión de la existencia de esferas globales al sistema urbano en cuestión, y a sus múltiples influencias sobre los cambios territoriales.

A modo de ejemplo, señalemos que el estudio de ciudades intermedias en Latinoamérica es un punto de partida para considerar la importancia de la complejidad del espacio urbano en relación a sus particularidades. Por un lado, son ciudades que se muestran potencialmente atractivas por su proximidad a ciertos recursos naturales de interés productivo o por la comodificación de recursos sociales y/o históricos; y por otro lado, son ciudades urgidas por tener mayor participación en la red de flujos económicos. Asimismo, poseen el dilema de compatibilizar sus formas de crecimiento urbano, cualidades del medioambiente natural y mejoras en las condiciones de vida de sus habitantes, mediante estrategias apropiadas a su cultura local, relativamente bien conservada de los embates de la globalización.

Toma relevancia por ello la consideración de los aspectos materiales e inmateriales en la producción

y consumo de espacio, y del marco normativo en que estos se encuentran contenidos. Por este motivo, comienza a ser necesario que en una primera instancia sean observados los procesos de planificación y actuación por parte de los gobiernos en sus diferentes niveles, bajo la sospecha de que en el ámbito local existe una postura un tanto inocente frente a la presión global de hacer circular sus flujos, y a veces también demasiado centrada en intereses sectoriales, y una actitud algo pasiva frente a la necesidad de construir un tejido social más fuerte y de favorecer el ejercicio ciudadano.

Según Borja y Muxí (2003, 15), la fragmentación provocada por la zonificación y la privatización ha conducido a una ciudad de gran despilfarro material, alta segregación social, con dificultades para lograr productividad económica, difundir la cultura y permitir su gobernabilidad. A primera vista, se evidencia un «caos» urbano, en tanto, el crecimiento y transformación de muchas de nuestras ciudades latinoamericanas, no están previstos en un sistema de planificación acorde a los tiempos actuales y tampoco a su contexto particular. Se continúa así operando con un sistema regulatorio fundado en ideas de principios del siglo xx, para un espaciotiempo completamente ajenos a la realidad latinoamericana de nuestros días. Incluso puede decirse, que el sostenimiento de los criterios de organización espacial devenidos del urbanismo funcionalista, que han privilegiado lo morfológico, la regularidad geométrica, la repetición; tendieron a reducir las formas de intercambio y la diversidad en el espacio público, trasladándolos a otros ámbitos semi-públicos o privados.

Los efectos de la acción pública resuelta con visiones cortoplacistas y simplificadas, han permitido que el crecimiento de la ciudad haya seguido un criterio de extensión indiscriminada, con base en la repetición de prototipos de vivienda, generando grandes zonas monofuncionales, priorizando la circulación vehicular, y concentrando la actividad urbana en algunos sectores específicos de la ciudad.

Sin embargo, quizás sea la aceptación social de estas formas de accionar incluso más preocupante

que los efectos físicos de estas transformaciones, a veces concebidas por la totalidad de los agentes sociales como una única forma posible de operar en el espacio, y otras veces entendidas como «un mal necesario». De allí que surja el interés por plantear nuevas visiones sobre la forma de desarrollo urbano, de generar modelos alternativos, que contemplen y estimulen el accionar de los agentes sociales, aunque con una mirada puesta en el beneficio común y en la mejora de la calidad de vida urbana.

Aplicando la categoría «lugar»: San Juan, una madrugada, un bar, un cafetero y varios taxistas

Los microrrelatos como herramientas metodológicas permiten plasmar impresiones, aproximaciones y emociones en relación a un lugar, ampliando el espectro de temporalidad cíclica que propone la naturaleza y la linealidad temporal del accionar humano.

Un microrrelato en la periferia urbana de la Ciudad de San Juan, Argentina, en una madrugada que anuncia el calor matutino, será la herramienta para aplicar la categoría de lugar. Los microrrelatos se pueden encontrar y escribir por cientos, pero aquí el objetivo ha sido la búsqueda de micro-espacios que intencionalmente están impregnados de simplicidad, de una ordinariedad que emerge de los actos más cotidianos que se dan en la ciudad. Actos que, por ser quizás tan sencillos, pasan completamente desapercibidos, aunque se encuentre en ellos una gran fuerza vital, que otorga a la ciudad una «atmósfera» especial, y una carga de identidad y significado que da (in) materialidad al proceso de producción y consumo del espacio público:

Es de madrugada y está todavía oscuro aunque ya se vislumbra el calor... Frente a la estación de servicio ubicada en la intersección de una avenida y la autopista, se detiene una motocicleta con un pequeño carrito cargado de cajas. Hay un espacio libre allí entre el terraplén recientemente parquizado de la avenida y la banquina de su calle lateral, aún resquebrajado. Aunque nadie le haya prestado demasiada atención, se ha convertido

en un espacio estéticamente muy atractivo desde que el Estado instaló regadores y plantó unos sauces. El hombre se baja de su moto y en pocos minutos arma una mesa, coloca termos con café sobre ella, y una caja llena de medialunas y semitas. Un pequeño generador al costado le permite colgar una lámpara en lo más alto de la mesa. Su café se encuentra ya funcionando. Es un espacio impregnado de informalidad, con luz propia, con un marco natural muy atractivo y en una ubicación preferencial de la periferia de la ciudad. Minutos más tarde estacionan en la banquina unos siete u ocho taxis, y mientras amanece en la ciudad, se disponen día tras día a comenzar su mañana de trabajo tomando un «cafecito» del puesto y contándose entre colegas vaya a saber cuántas historias. (Romero Grezzi 2014)

Mediante un ejercicio exploratorio de las dimensiones analíticas en el caso anterior, es posible efectuar una breve caracterización de éste como lugar urbano. A pesar de su corta extensión, el relato incorpora una diversidad de elementos en interacción. Puede observarse que las prácticas cotidianas que giran en torno al lugar generado por el cafetero, se desarrollan sobre la base de un determinado marco espaciotemporal, de una estabilidad de ciertas presencias en dicho marco, de una forma de interacción y también de la generación de un tipo de intercambio.

Un puesto informal de café resuelto en un espacio público de una ciudad, pone en consideración la validez social otorgada a ciertas presencias en el espacio, aun cuando éste se encuentre parcialmente fuera de un proceso formal de comercialización, beneficiándose del uso de un espacio común.

Es notorio que por parte de un grupo social se da regularmente «un voto en favor» hacia la existencia del puesto de café. Esto no puede asociarse exclusivamente a la posibilidad de que el precio sea más económico, sino que se pone en discusión un modo de socializar de los taxistas, que probablemente prefieren conversar apoyados en sus respectivos autos, mostrando a sus colegas algún arreglo realizado a su herramienta principal de trabajo. Hay personas allí asociándose a determinados objetos, como el carro de café, la moto, la autopista, los taxis, la lámpara

de luz, la arboleda. Es una apropiación de un espacio público que no fue concebido para tal cuestión, pero que no obstante es vivido como un lugar que funge a modo de bar. La práctica es el intercambio de vivencia entre trabajadores que se disponen a trabajar; el resultado un espacio público de nuevo significado.

Puede entenderse a estas personas en tensión con esos objetos: hay, casi ritualmente, un modo de organizarlos para que la apropiación de ese lugar se desenvuelva de modo tal que conserve la configuración tácitamente consensuada de cómo interactuar e intercambiar. La memoria del lugar transparente en este caso la afiliación a ese *topos* en el que se recrea regularmente la apropiación consensuada del espacio. La estabilidad de ciertos objetos se torna esencial para contribuir con la «sostenibilidad relacional urbana» (Silva 2012) que requiere el lugar. Este esquema de relaciones, puede leerse como una red, como sugiere Latour (2008); haciendo de estas relaciones un lugar en potencia, siempre latente, esperando a ser «activado» mediante su uso colectivo. Por ello es que, durante su uso, el lugar no es un punto en el espacio, sino toda una red de relaciones espaciales y temporales.

Este lugar complejiza el espacio público. Se sintetizan en él una forma de habitar el espacio, un modo de intercambiar, un modo de adaptarse y adaptar la espacialidad para llevar a cabo su apropiación cotidiana. No deja de ser significativo un análisis de las tensiones de apropiación que surgen desde el interior del lugar hacia afuera, es decir, entre la organización interna del lugar (el cafetero, los taxistas y todos sus objetos asociados) y la organización del espacio público que lo rodea (la estación de servicio, el lateral de la avenida, el barrio de enfrente). De este modo, es posible advertir que la transformación espacial que se introduce con la presencia del lugar se integre en su contexto, enriqueciendo el espectro de significaciones, y potenciando la generación de nuevos micro lugares; y, simultáneamente en dirección contraria, que genere en medida alguna un conflicto con quienes ven afectado negativamente su espacio cotidiano o su lugar, ya sea debido a su materialidad o a su símbolo.

Cabe agregar tras esta breve reflexión que la consideración de dimensiones en torno al tipo y volumen de intercambio en cada reunión, o sus efectos sobre la actividad urbana, puede comenzar a revelar el potencial que estos micro lugares tienen en la configuración del espacio público como activos y permanentes transformadores de ciudad. Potenciales que no pueden ni deben omitirse tanto desde el momento de la planificación, como el de la reglamentación de uso de los espacios públicos.

Conclusiones

En una sobre modernidad productora de no-lugares (Augé 1993, 83), este escrito indagó sobre la importancia de los lugares, su compleja interrelación en la conformación de los espacios públicos en la ciudad actual, y las políticas públicas que los afectan en tanto los considera o los omite. Comenzar a contemplar a los lugares resulta primordial, porque son reservorios de identidad de la comunidad, de relaciones complejas y de historia, configurando formas contenidas que condensan materialidad e inmaterialidad del discorrir de una sociedad, en el juego de apropiación del territorio donde se asientan.

El mejoramiento de las condiciones de la vida urbana requiere necesariamente de entornos mejor dotados con elementos en estrecha relación, que se propongan como un todo organizado que potencie la generación de capacidades individuales y sociales, para poder aprovechar las ventajas de un medio en crecimiento y asimismo evitar la severidad de sus adversidades (Jordán 2003). Entonces, la revisión de los lugares se torna no solo en una herramienta analítica que brinda luz para comprender la lógica y el desarrollo de los espacios públicos, sino que al mismo tiempo se traduce en una herramienta metodológica de acción en vista a la planificación urbana. El desafío y la oportunidad de las políticas públicas para pensar y construir la ciudad actual, es tomar en cuenta estas herramientas y los resultados que surgen de los análisis con ellas, para el diseño y gestión de las políticas urbanísticas. De lo contrario, el resultado es un urbanismo regido por criterios que obvian la complejidad de los procesos.

Después de la década del 90, caracterizada por un urbanismo de mercado que soslayó todo lo público y que inercialmente se extiende más allá de esa década, de lo que se trata en la actualidad, es de lograr un urbanismo que promueva un desarrollo urbano basado en una planificación integral de los espacios urbanos y dentro de los cuales, los espacios públicos han adquirido

resignificaciones y revalorizaciones, que los ponen en el eje de discusión de la reproducción de las ciudades. Finalmente, señalemos que no alcanzan las intensiones y las inversiones para generar espacios urbanos inclusivos, los mismos deben pensarse así desde la planificación, las metodologías de ejecución y la gestión para su puesta en funcionamiento.

Referencias

- Alexander, C. 2002. *The Nature of Order, Book One: The Phenomenon of Life*. Berkeley: Centre for Environmental Structure.
- Arteaga Arredondo, I. 2009. Construir ciudad en territorios urbanizados. Tesis doctoral dirigida por Francesc Peremiquel Lluç. Universidad Politécnica de Cataluña. DUOT-ETSAB.
- Arteaga Arredondo, I. 2005. «De periferia a ciudad consolidada. Estrategias para la transformación de zonas urbanas marginales.» *Bitácora Urbano Territorial* 1(9): 98-111
- Augé, M. 2001. «No-lugares y espacio público.» *Quaderns d'arquitectura i urbanisme* 231: 6
- Augé, M. 2000. *Los «no lugares» espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. 5ª edición. Barcelona: Gedisa.
- Augé, M. 1993. Los «no lugares» espacios del anonimato, Una antropología de la sobremodernidad. Barcelona, Gedisa.
- Borja, J. 2012. Urbanista Jordi Borja: la ciudad ideal debe ser un lugar de «diversidad» tanto como de «libertad y de igualdad». *El Espectador*, 24 de septiembre de 2012. Consultado el 15 de febrero de 2013. <http://www.espectador.com/noticias/248950/urbanista-jordi-borja-la-ciudad-ideal-debe-ser-un-lugar-de-diversidad-tanto-como-de-libertad-y-de-igualdad>.
- Borja, J. y Z. Muxí. 2003. *El espacio público: ciudad y ciudadanía*. Barcelona: Electra.
- Carrión, F. 2007. «El espacio público, punto de partida para la alteridad». O. Segoviam (ed.).
- Espacios públicos y construcción social. Hacia un ejercicio de ciudadanía*. Pp. 79-97. Santiago de Chile: SUR.
- Castells, M. 1999. *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. La sociedad Red*. Vol I. 3ª edición. Madrid: Alianza Editorial.
- De Certeau, M. 2000. *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México D. F.: Universidad Iberoamericana.
- Habermas, J. 1999. *Teoría de la Acción Comunicativa, I. Racionalidad de la acción y racionalización social*. Buenos Aires: Taurus.
- Jordán, R. 2003. «Ciudad y desarrollo en América Latina y el Caribe». En: R. Jordán y D. Simioni (comps.). *Gestión urbana para el desarrollo sostenible en América Latina y el Caribe*. Pp. 48-70. Santiago de Chile: CEPAL/Ministero degli Affari Esteri-Cooperazione Italiana
- Laborda, X. 2006. «Hermenéutica de los lugares: nueve principios y un epílogo». *Urbano* 9 (13): 70-77.
- Latour, B. 2008. *Reensamblar lo social*. Buenos Aires: Manantial.
- Latour, B. 2001. *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa.
- Laurelli, E. y C. Tomadoni. 2014. «Posdisciplina una aventura metodológica en tiempos de nuevos paradigmas. Una mirada sobre el espacio público». *Gestión y Ambiente*. En este volumen.
- Lefebvre, H. (1947) 1991a. *Critique of Everyday Life Volume I: Introduction*. Londres:

- Verso [*Critique de la vie quotidienne I: Introduction*. Paris: Grasset, 1947].
- Lefebvre, H. (1974). 1991b *The Production of Space*. Traducido por N. Donaldson-Smith. Oxford: Basil Blackwell.
- Lindón Villoría, A. 2004. «Las huellas de Lefebvre sobre la vida cotidiana». *Veredas* 8: 39-60.
- Nogué i Font, J. 1989. «Espacio, lugar, región». *Boletín Asociación de Geógrafos Españoles* 9: 49-62.
- Pírez, P. 1995. «Actores sociales y gestión de la ciudad». *Ciudades* 28: 8-20
- Santos, M. 2000. *La naturaleza del espacio*. Barcelona: Ed. Ariel.
- Santos, M. 1996. *De la totalidad al lugar*. Barcelona: Ed. Oikos-Tau.
- Santos, M. 1993. «Los espacios de la globalización». *Anales de la geografía de la Universidad Complutense* 13: 69-77.
- Silva, C. 2012. «El cosmos semafórico: aproximación cuasi-etnográfica a la sostenibilidad relacional urbana desde la Teoría del Actor-Red». *Athenea Digital* 12 (1): 269-281.
- Soja, E. 1997. «El tercer espacio. Ampliando el horizonte de la imaginación geográfica. Traducido por Sandra Albino y Andrés Barsky». *Geographikós. Una revista de Geografía* 8: 71-76.
- Solà-Morales, M. 1997. «Territoris sense model». *Papers*. 26: 21-27.
- Solà-Morales, I. y J. Costa. 2005. *Metrópolis: ciudades, redes, paisajes*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Tomadoni, C. 2013a. «Desarrollo e indicadores cualitativos: una propuesta conceptual en torno a sustentabilidad y ambiente». En: F. Martínez, (ed.). *Observación urbana de la ciudad latinoamericana*. Pp. 94-128. Buenos Aires: Edit. División de Desarrollo Sustentable de la Universidad de Quintana Roo con auspicio de la PROMEP-CONACYT-Universidad Nacional de Costa Rica y Universidad Nacional del Litoral - Argentina.
- Tomadoni, C. 2013b. Desarrollo urbano posfordista en un territorio possocialista; una ciudad-región en una región de ciudades: Weimar: Edición Bauhaus, Universität Weimar. Consultado el 11 de julio de 2014. <http://e-pub.uni-weimar.de/opus4/frontdoor/index/index/docId/2031>.
- Tomadoni, C. 2007. «A propósito de las nociones de espacio y territorio». *Gestión y Ambiente* 10 (1): 54-65.
- Tuan, Y. F. 1977. *Space and Place: The Perspective of Experience*. Minneapolis: University of Minnesota.
- Yory, C.M. 2007. «Del espacio ocupado al lugar habitado: una aproximación al concepto de topofilia». *Revista Barrio Taller* 12: 47-64.
- Wallerstein, I. 2006 «Las estructuras del conocimiento o ¿de cuántas maneras podemos conocer?». *Espacio Abierto* n.º 15 (enero-junio). Consultado el 10 de julio de 2014. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12215206>.

Cómo citar este artículo: Tomadoni, C., y C. Romero. 2014. «El lugar como categoría de análisis del espacio público. Complejidad, (in)materialidad, resignificación y planificación del espacio público». *Gestión y Ambiente* 17 (1): 99-113.